EL CORAZÓN DE UNA JIRAFA ES INCREÍBLEMENTE GRANDE

GRANTRAVESÍA

Sofia Chanfreau
Amanda Chanfreau

El corazón de una jirafa es increíblemente grande

Traducción de
Petronella Leifsdotter Z.

GRANTRAVESÍA

El corazón de una jirafa es increíblemente grande

Título original: *Giraffens Hjärta Är Ovanligt Stort*

Texto: © 2022, Sofia Chanfreau
Ilustraciones: © 2022, Amanda Chanfreau

Publicado originalmente en sueco por Schildts & Söderströms
Edición en español publicada según acuerdo con Helsinki Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency

Traducción: Petronella Leifsdotter Z.
Diseño de portada: Emma Strömberg

D.R. © 2025, Editorial Océano, S.L.U.
C/Calabria 168-174 – Escalera B – Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2025, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: mayo de 2025

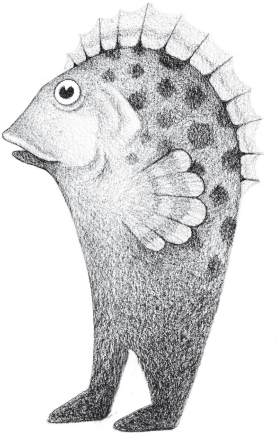
ISBN: 978-84-129653-7-7
Depósito legal: B 10378-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

impreso en españa / *printed in spain*

9005944010525

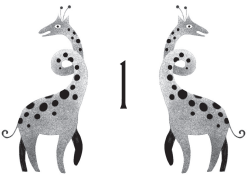
Para Moffa
El fundador de la primera parafernalia.
Por todas las historias, invenciones y cacerías de dragones,
y los abrazos enormes que nos abarcaban a todos.



ÍNDICE

1 La jirafa no tiene cuerdas vocales 11
2 El pulpo tiene tres corazones 22
3 La leche del rinoceronte es rosada 33
4 Las ranas beben por la piel 45
5 Las estrellas de mar no tienen cerebro 53
6 La lengua de la jirafa es azul 61
7 Los hámsteres pueden cargar la mitad de su peso corporal en las mejillas 72
8 Los osos polares son zurdos 78
9 Las sanguijuelas tienen treinta y dos cerebros 84
10 Los gusanos son ciegos, pero saben distinguir la luz de la oscuridad 94
11 La sangre de las arañas es transparente 102
12 La jirafa tiene presión alta 109
13 El corazón de las gambas está en su cabeza 120
14 El dibujo de cada cebra es único 130

15 Las libélulas viven un año como larvas y sólo una hora como libélulas 140
16 Los cerdos no sudan 146
17 Las serpientes no tienen párpados..... 151
18 Los caracoles pueden dormir durante tres años 160
19 Los avestruces son más rápidos que los caballos 165
20 Las medusas son inmortales 171
21 El corazón de la jirafa es increíblemente grande 178
22 Hay cien millones de especies animales 187
Epílogo..... 197



1

LA JIRAFA NO TIENE CUERDAS VOCALES

¿SABÍAS QUE LAS JIRAFAS no tienen cuerdas vocales? Sus cuellos son muy largos y delgados en relación con el cuerpo, porque no hay cuerdas vocales que necesiten espacio para vibrar de un lado a otro. Si las jirafas tuvieran cuerdas vocales, tendrían los vozarrones más graves y profundos del mundo. Con excepción de los dinosaurios de cuello largo, por supuesto. Sus voces habrían sido tan graves que el suelo habría temblado cuando se hablaran el uno al otro… en caso de que tuvieran cuerdas vocales. Pero eso no importa, porque los dinosaurios ya no existen y parece irreal que alguna vez hayan caminado por aquí, pisando el mismo suelo donde ahora hemos construido calles y casas y parques de atracciones.

Las jirafas, por otro lado, con su piel de lunares, sus grandes corazones palpitantes y esos cuellos larguiruchos —sin cuerdas vocales— son tan reales como cualquier cosa que puedas ver y tocar a tu alrededor.

Muy lejos, mar adentro —bien podría ser el mar en el que estás pensando—, hay una isla —bien podría ser la isla en la que estás pensando—. La isla tiene la forma de una jirafa,

por lo menos, si la miras desde muy arriba o en un mapa, y si usas un poco de imaginación. Tiene tres patas y una colita, un cuerpo grande y un cuello largo que termina en una cabeza. En el centro del cuerpo, hay un gran lago que se llama Corazón de la Jirafa. El agua del lago es dulce como una gaseosa, y la superficie casi siempre yace quieta como un espejo, aunque una tormenta esté levantando las olas en las aguas saladas que rodean la Isla Jirafa. Desde el cuerpo de la jirafa, el alargado Istmo del Cuello lleva a la cabeza de la jirafa y allí, en el centro de la cabeza, está la ciudad más grande de la isla —y la única—, que muy acertadamente se llama La Capital. Puede parecer extraño nombrar La Capital a una ciudad a menos que sea la capital del país, pero el nombre tan sólo resultó demasiado apropiado como para no llamarla así. La verdadera capital, la que está en Tierra Firme y es mucho más grande que la ciudad de la Isla Jirafa, tuvo que cambiar de nombre, después de varios malentendidos, y ahora se llama Ciudad Real.

En el cuerpo de la jirafa, Tierra del Cuerpo, no vive nadie. Pero hay alces y arándanos, y la gente de la ciudad a veces viene a dispararles o a recogerlos, aunque son sobre todo los cazadores, los turistas y los idiotas quienes se dedican a eso. Nadie sabe cómo llegaron los alces a la Isla Jirafa. Hay teorías de que nadaron desde Tierra Firme o que cruzaron el mar congelado caminando. Uno se pregunta si los alces en verdad son tan curiosos como para meterse en el agua y nadar tan sólo para averiguar qué hay más allá del horizonte.

Porque si estás en Tierra Firme mirando al mar, no ves la Isla Jirafa, sin importar si eres alce, humano o jirafa. Y desde la Isla Jirafa tampoco puedes ver nada más que el mar en todas las direcciones, por muy buenos que sean tus binoculares.

Si observaras la Isla Jirafa desde arriba, como si estuvieras sentado en un avión —o quizás en el lomo de un albatros—, todas las casas de La Capital se verían como pequeños caramelos coloridos, esparcidos entre los bosques y los rojos peñascos. Luego, si bajaras un poco en tu avión —o en tu albatros—, podrías ver a los humanos, del tamaño de hormigas, saliendo y entrando en sus casitas de caramelo, desplazándose en sus pequeños coches de hormiga y quejándose de sus diferentes problemitas de hormiga. Claro, todo se vería así si lo observaras desde una gran distancia. En realidad, las casas no eran pequeños caramelos, sino verdaderas casas, ni las hormigas eran hormigas, sino verdaderos humanos de tamaño normal, con verdaderos problemas humanos de tamaño normal de qué quejarse.

En uno de los edificios más altos de La Capital, vivía una niña. Ella vivía en la planta más alta: el tercer piso. En La Capital, no está permitido construir casas de más de tres pisos, porque entonces podrían tapar la vista de las otras casas más pequeñas, que nunca crecerán. La niña se llamaba Vega y solía sentarse en una de las ventanas del tercer piso y soñar con lo que había al otro lado del agua. Su padre le había regalado unos binoculares para su cumpleaños y a ella no le importaba que a través de los binoculares no se viera más que el mar, porque para Vega un mar podía verse de todas las maneras posibles. A veces, a Vega la saludaban los peces y los delfines; otras veces, las sirenas y los caballitos de mar que resoplaban en el agua. Cuando el cielo estaba despejado y el mar cabrilleaba, todo se veía tan hermoso como si todas las perlas y joyas de una señora rica se hubieran derramado sobre la superficie marina.

Dentro de poco, Vega cumpliría diez años. Durante su corta vida —nueve años y siete meses—, Vega había hecho muchas cosas emocionantes que los otros niños de nueve años ni siquiera podrían imaginar. Todo aquello que para los demás era algo cotidiano para Vega eran cosas raras, chispeantes. Los ejercicios de matemáticas bailaban, el aula de la escuela se transformaba en un castillo, a la comida le crecían patas con las que corría maratones mientras Vega miraba el plato sin ganas de comer. Además, estaban las cebras, los leones, los caballitos de mar, los hipopótamos y todos los otros animales. Era casi imposible ponerles un nombre a varios de ellos, pero de cualquier forma aparecían a tiempo y a destiempo. La mayoría de las veces era algo divertido. Lo único que no resultaba tan divertido era el hecho de que nadie más pareciera ver las mismas cosas. Sobre todo, el padre de Vega. Él siempre estaba preocupado por ella. Se notaba en su voz cuando le preguntaba a Vega cómo había sido su día, cuando le preguntaba por qué había llegado tarde a casa después de la escuela, o por qué reía tanto al lavarse los dientes. Obviamente, Vega se reía del oso gris que se estaba bañando a su lado con la piel cubierta de champú espumoso, apretujado en un recipiente que sin duda le quedaba demasiado pequeño. ¿Quién no se reiría ante semejante espectáculo? Pero su padre no podía ver al oso gris, ni a ningún otro animal, a pesar de que abundaban en el apartamento y Vega jugaba con ellos continuamente. Las cejas de su padre siempre estaban inclinadas como un tejado a dos aguas y sobre su cabeza circulaban oscuros nubarrones. A veces, comenzaba a llover, pero por lo general las nubes tan sólo flotaban por encima de él, pesadas y grises.

Vega sabía que las nubes pesadas y las cejas de tejado a dos aguas de su padre tenían que ver con ella, pero no sabía qué

hacer para hacerlas desaparecer. Las cosas empeoraron cuando Vega le habló a su padre de los animales, como si él les tuviera miedo. Por mucho que Vega intentara explicarle que los animales no querían hacerle daño y que ella los quería a todos, el padre parecía no comprenderlo. Por ejemplo, es bastante difícil explicarle a alguien que jamás haya visto un mamut que el pequeño mamut peludo que vivía en el armario en realidad era muy amable. Dejaba que Vega colgara su ropa en los colmillos y, cuando Vega se despertaba por la noche por culpa de una pesadilla, la dejaba acurrucarse junto a él en el armario. Por la mañana, cuando su padre la encontraba dormida en el armario, las cejas de tejado a dos aguas se inclinaban más y llovía a cántaros. Vega intentaba consolarlo y hacer que acariciara la piel suave del mamut, pero su padre se negaba. No le parecía que el mamut fuera amable ni suave; le parecía que no existía.

Vega tenía un cuaderno donde dibujaba todo lo que veía. El cuaderno estaba lleno de animales de colores alegres y otros seres divertidos que vivían en el apartamento o en la escuela o en la ciudad. Algunos tenían nombre, por ejemplo, Attle, el castor asfáltico, o Celestino, la cebra de paso. Era más difícil darles un nombre a otros; mucho más fácil dibujarlos. Vega guardaba su cuaderno y un estuche lleno de lápices de colores en su mochila, que todos los días llevaba a la escuela. Le gustaba tener el cuaderno a mano por si conocía a un nuevo animal al que quisiera retratar. Además, ella no quería dejar el cuaderno en casa y correr el riesgo de que su padre lo encontrara. Quizás a él no le gustaría ver a todas las criaturas extrañas con las que Vega se topaba durante el día. Ella no quería que los nubarrones de su padre llovieran más de lo que ya lo hacían.

Cuando Vega era pequeña, la habían mandado con una anciana para hablar. La señora se llamaba doctora Wrynck. Le

hacía preguntas raras a las que Vega respondía de la manera más sincera posible: «¿Te sientes sola? ¿Tienes amigos? Es normal tener amigos imaginarios cuando eres una niña pequeña, no es nada fuera de lo normal. Pero ya no eres tan pequeña. ¿Sientes que eres alguien fuera de lo normal?». Vega no sabía muy bien qué significaba ser alguien fuera de lo normal, pero para nada se sentía sola: tenía una muchedumbre de animales acompañándola. Todo el rato, la doctora Wrynck anotaba en su libreta y hacía señas con la cabeza, con los arrugados labios fruncidos y tensos como un elástico. También había hecho preguntas sobre la madre de Vega: «¿Tienes algún recuerdo de tu madre? ¿Piensas con frecuencia en tu madre? ¿Crees que ella piensa en ti? ¿Crees que tu madre está muerta? ¿Echas de menos una figura materna?».

Esto último a Vega le pareció algo que se podría crear con plastilina y, al llegar a casa, lo hizo.

La verdad es que Vega no sabía dónde estaba su madre y no tenía ningún recuerdo de ella. Hasta donde ella sabía, sólo había vivido con su padre. A veces le preguntaba a él cómo era su madre, por qué no vivía con ellos y dónde estaba, pero las respuestas del padre eran secas y de pocas palabras, y nunca parecían decir la verdad. Además, siempre que se tocaba el tema de la madre de Vega, los nubarrones sobre la cabeza de su padre empezaban a tronar y soltar gotas de lluvia. Por eso Vega ya no se lo preguntaba con tanta frecuencia.

Todas las mañanas, el padre conducía hasta el trabajo, al otro lado de la ciudad. Se quedaba allí todo el día mirando números y textos, ordenando papeles en montones de diferentes tamaños, contestando el teléfono, usando palabras aburridísimas que no tenían sentido ni le interesaban a nadie. Vega lo

sabía porque una vez estuvo todo un día en el trabajo de su padre. Fue decisión de la escuela: «Saborear el pan de todos los días de tus padres», así habían nombrado ese día, en que todos los niños de la escuela visitaron durante toda una jornada el trabajo de uno de sus padres para después hacer una presentación ante el resto de la clase. Vega no tuvo que elegir, pues sólo tenía a su padre. Pero habría apostado que su madre —en caso de que ella existiera, claro— tendría un trabajo más divertido que el de su padre. Vega estuvo todo el día en la oficina de su padre jugando al tres en raya con dos hienas. Las hienas reían continuamente. Si él las hubiera podido ver, también habría reído y habría lanzado su corbata y todos los papeles al aire en lugar de pedirle a Vega que estuviera en silencio.

Después del trabajo, su padre siempre llegaba a casa a tiempo para prepararle la cena a Vega. Para Vega, la cena era el mejor momento del día. Ese rato era sólo para su padre y para ella. Los dos habían trazado un círculo en el piso alrededor de la mesa del comedor y él le había explicado que de esta manera sería más fácil poner límites a lo que no era bienvenido. Dentro del círculo, no estaban permitidas las cosas raras; ningún animal ni ninguna otra cosa los podía acompañar. Funcionaba bien: todos los animales se quedaban esperando en el recibidor y dejaban que Vega y su padre comieran en paz. Al servir la comida, él siempre le preguntaba a Vega cómo había sido su día y Vega sabía exactamente qué responder:

—Señorita, ¿cómo te ha ido el día?

—Como cualquier otro día. Todo normal.

—¿No ha pasado nada raro?

—No, para nada. Sólo cosas no raras.

—¿Y cómo te ha ido el examen de matemáticas?

—Súper. He dejado que el pulpo lo hiciera; escribe muy rápido con todos sus brazos.

